

Comentarios a la Regla de Vida.

Hermano Benjamín

*Dios está en el corazón
de nuestra existencia concreta.*

Capítulo IX. La vida de oración. 128. Llamada del Padre.

Hay mucha gente que tiene a Dios en la cabeza. Personas de buena fe que pasan horas y horas pensando de qué modo pueden acomodar a Dios a sus esquemas lógicos. Con todos mis respetos, creo que estas personas no han comprendido la originalidad del cristianismo.

Cuando Dios se hizo hombre, trasladó su residencia desde la cabeza hasta el corazón de las personas. Anteriormente, como no había una experiencia directa de Dios, todo lo que podíamos decir de él se reducía a construcciones intelectuales más o menos convincentes. La llegada de Jesús al mundo significó poner a Dios en el campo de lo sensible, al alcance de la experiencia.

Los teóricos de la Revolución francesa tenían verdadera aversión al pensamiento de que Dios se había hecho hombre. Esto era algo que no les cabía en la cabeza y tampoco podía caber en las cabezas de los que pensaban lo contrario, así que se dedicaron con aplicación a cortarlas, las cabezas, quiero decir. Como por tradición y educación eran hombres religiosos, tuvieron que idear la imagen de un dios que era producto de sus propios pensamientos, la Diosa-Razón, representación en un dios racional, transcendente al mundo y ajeno por voluntad propia a la vida de los hombres. Un dios a medida de la razón humana, pero que, a la vez dejaba huérfanos a los hombres

Esta idea, que parece tan abstracta, la comprendió perfectamente el Padre Coindre. Tuvo que pelear durante toda su vida para que Dios se volviera a encarnar, para que fuera uno más en la vida de las gentes de la época: un Dios con corazón que se preocupaba de la vida de los campesinos, de la educación de los niños, de los muchachos abandonados por las calles. Fundó tres congregaciones religiosas y a las tres las llamó con el nombre del Corazón de Jesús, alejándose del Dios abstracto e impersonal que estaba presente en la calle, en los periódicos, en las obras literarias, en la mentalidad de los principales intelectuales de la época.

Para el Hermano del Sagrado Corazón es necesario comprender y vivir que Dios está en el corazón de nuestra existencia concreta. Nada de lo que ocurre a nuestro alrededor nos es ajeno, porque el corazón de Dios también comparte nuestra existencia.